

Las parábolas de Jesús sanan nuestra perspectiva de la vida

Mateo 13:31-34; Lucas 10, 11, 20

David C. Dixon

Introducción: Nuestro mundo está continuamente en estado convulso, y las palabras y enseñanzas de Jesús son el mejor **antídoto a la confusión y el caos**; son una luz en un mundo muy oscuro. Es de sobra conocido que la forma habitual que tenía Jesús de enseñar el evangelio del reino de Dios eran sus parábolas. En realidad, desde tiempos inmemoriales Dios habla a su pueblo por medio de parábolas –en la ley, los libros históricos, los profetas y la literatura sagrada– de tal manera que las parábolas se convirtieron en costumbre como forma de comunicación de los israelitas en su vida diaria. ¿Será por eso que las enseñanzas de Jesús se caracterizan siempre por el uso de parábolas? Mateo 13 nos dice que Jesús apenas habló a las multitudes sin usar parábolas. ¿O es posible que el **sentido de la vida** no es alcanzable sin hacer comparaciones? Metáforas, símbolos y parábolas. Jesús mismo es descrito en las sagradas escrituras por medio de numerosas parábolas. Recuerda el mensaje del Pastor Mark el domingo pasado, sobre que el Verbo se hizo carne, el mensaje de Dios hecho humano y la gracia divina personificada.

Parte del mensaje explicaba que **la Verdad** no se encuentra en **lo superficial**; no se divisa en las apariencias. Lo que el ojo ve NO representa toda la historia. Decimos, “nunca juzgues un libro por su cubierta”; en español el refrán dice “caras vemos, corazones no sabemos”. Jesús quiere ayudarnos a captar la **esencia de la realidad**, llegar al fondo de las cosas. Lo hace poniendo otro concepto al lado del asunto principal para que sirva de esclarecimiento. Este es el sentido literal de la palabra griega *parabolé*. Esta mañana vamos a explorar brevemente tres parábolas distintas que contó Jesús, examinando los paralelismos y contrastes, donde **se presenta a sí mismo como Salvador y a nosotros mismos como objetos de su gracia redentora**. Cuando contemplamos las tres parábolas conjuntamente obtenemos una perspectiva más profunda del significado de la salvación en medio de un mundo roto, lo cual nos ayuda a sanar nuestra visión de la vida y nos capacita para celebrar la parábola de la eucaristía con mayor significación. Servirá incluso para prepararnos para afrontar los desafíos de la nueva semana.

1. En la primera parábola, un experto en la ley se acerca a Jesús con una pregunta (por lo general eran artimañas para intentar atraparle con Sus palabras). Le dice: **“Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”** Jesús responde, como cualquier buen judío,

con otra pregunta: *“¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo la interpretas tú?”* El hombre recita el mandamiento más grande de Deuteronomio 6 (el credo judío): *“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente”, y: “Ama a tu prójimo como a ti mismo.”* Jesús le dice: *“Bien contestado. Haz esto y vivirás.”* (¿Conoces a alguien que haya podido cumplir estos mandamientos *tan siquiera un día* de su vida?) Entonces el experto le hace otra pregunta: *“Y quién es mi prójimo?”* Sabía perfectamente la letra de la ley y cuál era su responsabilidad, pero el texto revela que lo que *realmente quería era justificarse*. En otras palabras, quería delimitar la definición de “prójimo” (para no tener que amar a tanta gente, sobre todo a los “indeseables”).

Entonces Jesús le cuenta una historia que todos conocemos, sobre un hombre que se va de viaje de Jerusalén a Jericó (unos 30 kilómetros). Pero por el camino le asaltan unos ladrones y le quitan todo lo que tiene de valor y le abandonan, malherido, tirado al borde del camino, desangrándose y medio muerto. Ya sabemos el resto de la historia. Pasaron otros caminantes por el mismo camino, un sacerdote, luego un levita, ambos pertenecientes a la casta religiosa, y tanto uno como otro pasaron de largo cruzando al otro lado del camino. Las multitudes que escuchaban el relato estaban encantadas, porque les parecía una gran crítica social. Pero el siguiente personaje de la historia les pilla completamente por sorpresa. No estaban preparados para escuchar que ¡el héroe de la historia era un samaritano! (Los dos pueblos, judío y samaritano, se odiaban mutuamente. Los judíos se referían a los samaritanos como “mestizos y herejes”. El equivalente sería que a un judío le asaltaran malhechores y le rescatara un palestino.) Sabemos que el samaritano es el héroe de la historia. No vacila ni duda si debe o no socorrer a la víctima, sino que acude *inmediatamente* a su lado, porque siente una profunda compasión. No se lo piensa dos veces. Se arrodilla y empieza a curarle las heridas, porque es generoso, y no se limita a ese gesto, sino que le monta un su propio burro, le lleva a la posada más próxima y le deja dinero al dueño para que continúe cuidándole, con la promesa de volver y satisfacer cualquier gasto adicional en que pudiera incurrir. Ahora vamos a hacer una pausa. Que cada uno se vuelva a la persona que está a su lado y le pregunte con cuál de los personajes de la parábola se identifica más: ¿los ladrones, el sacerdote, el levita, el samaritano, el burro, el dueño o la víctima? ¿Alguna observación?

- ¡Resulta que el viandante víctima del atraco somos tú y yo y todos nosotros! En otras palabras, el necesitado, el personaje vulnerable de la historia, ¡ese es nuestro representante! Y el samaritano, al que los judíos despreciaban y odiaban, es el “prójimo” que rescata a la víctima de los ladrones. Así pues, ¡el samaritano asume el papel de Dios! Más específicamente, el samaritano representa a Jesús, ¡que vino a salvarnos con tanta gracia y misericordia que rompe todos nuestros esquemas!
- De acuerdo con el carácter del samaritano, Jesús vino para rescatarnos sin legalismos, rituales o fórmulas religiosas. Simplemente nos saca de nuestros pecados con su amor y misericordia, y da un paso más para restaurarnos, sin importar *por qué* hemos ido por mal

camino ni *cómo* hemos llegado a la condición en la que nos encontramos. Es su modo de invitarnos a seguirle, diciendo: “Así es como te amo.” (Puedes leer esta historia en Lc. 10.)

2. La segunda parábola es una especie de rompecabezas, pero algo enigmático. Trata sobre un hombre fuerte armado para guardar su palacio, y todo está tranquilo y sus posesiones están seguras. Pero más tarde aparece alguien más fuerte todavía, que le subyuga, quitándole todas las armas en que confiaba el hombre, y le desvalija todo lo que tiene en el palacio, repartiendo luego el botín. Ahora, en esta parábola, ¿con quién te identificas? Es imposible decidirlo sin más contexto.

Todo empezó cuando Jesús expulsó a un demonio, lo cual era bastante frecuente en su ministerio, porque la gente estaba plagada de miedos, supersticiones, doctrinas falsas, etc., y eran muy susceptibles a la actividad letal de nuestro archienemigo, que creaba el caos en su vida personal y familiar. Este caso específico trataba sobre un niño que no podía hablar a causa de un espíritu maligno. Pero cuando Jesús expulsó al demonio, instantáneamente el chico pudo hablar, y la gente se maravilló. Pero los líderes religiosos acusaron a Jesús de ser cómplice del diablo. Ponían en entredicho la fuente de su poder y autoridad. Jesús responde con otro par de parábolas. Decía que una casa dividida contra sí misma no puede mantenerse en pie, al igual que un reino dividido (aplíquese al reino de Satanás). Y para rematar, cuenta la parábola del hombre fuerte para aclarar la esencia de su ministerio y la verdadera fuente de su asombroso poder para sanar y salvar. Hay un hombre fuerte, armado, que guarda su palacio y todos sus bienes; pero hay otro mucho más fuerte que va y le desarma y se apropia de todos los tesoros del palacio. ¿Ahora qué piensas? ¿El contexto te ha ayudado para identificar los papeles? ¿Te identificas con alguno? (Coméntalo con la persona que tienes a tu lado.)

Así vemos que la parábola está diciendo que hay un príncipe malvado que tiene todo bajo su control y que guarda con celo todos los bienes del palacio usurpado y jamás libera a ninguno de los rehenes (su botín) que tiene en cautiverio... ¡hasta el día en que aparece uno más fuerte que él! Y cuando Este llega, le derrota, le despoja de las armas de las que alardeaba y a continuación ya puede apropiarse de todos los bienes y liberar a los rehenes (que somos nosotros los pecadores). En resumen, representa toda la misión de Jesús. Pero la forma en que logra la victoria y derrota al hombre fuerte, que es el príncipe de este mundo, es el **verdadero misterio**. El Hombre más fuerte derrota al príncipe malvado mediante su completa sumisión al Padre, con humildad, aparente debilidad, amor y entrega, encarnando la misericordia de Dios hasta el final, con todas sus consecuencias: la muerte. Lo que no entiende el adversario es que el Hombre más fuerte está decidido a ir directamente a su guarida, donde acabará por destruir para siempre el dominio de Satanás en su propio territorio y arrancarle de sus garras el poder de la muerte mediante Su resurrección. (Para conocer la historia completa, ver Lucas 11; 22-24.)

3. La última parábola es la de los labradores malvados. Un padre de familia plantó un viñedo y lo arrendó a unos labradores que pronto empezaron a considerarlo de su propiedad, en lugar

de ser simplemente arrendadores (que eran los responsables del viñedo y que tenían que rendir cuentas y entregar una porción de la cosecha). Pero cuando el propietario envió a sus siervos para recoger el fruto que le correspondía, los labradores les dieron una paliza y les echaron con las manos vacías. Cuando más tarde el dueño mandó otros siervos, los labradores les trataron igual o peor que a los primeros. Entonces, el propietario se decidió por algo más radical: mandó a su propio hijo, confiando en que a él le respetarían. Pero ocurrió al revés: decidieron aprovechar su llegada para lo que pensaban sería la oportunidad perfecta para apropiarse completamente del viñedo, y así mataron al heredero. De modo que el propietario, el mismo Rey, tendría que ir en persona a aplastar su rebelión e imponer verdadera justicia. Esta vez, *¿quién* te representa a ti y a todos nosotros? *¿Con quién* debemos identificarnos en esta parábola? Coméntalo con la persona que está a tu lado. ... *¿Llegaste a la conclusión que nosotros* somos los malvados labradores? Sí señor. No solo somos las víctimas, sino que ¡también somos los malhechores! (Ver Lucas 20 para el texto completo.)

Conclusión: He aquí el resumen conjunto de las tres parábolas.

- **Nuestro dilema** consiste en que somos tanto los **agresores culpables** como las **víctimas y los rehenes** al mismo tiempo. Fuimos atacados y dejados por muertos al borde del camino, y no somos capaces de levantarnos ni escaparnos por nuestras propias fuerzas, de modo que permanecemos presos del malvado tirano (mi vieja naturaleza es a la vez un testigo y un aliado. Al mismo tiempo, fuimos los verdaderos asesinos del Hijo, el Heredero.
- **Nuestra salvación**, según el compendio conjunto de las parábolas, se define en términos de “el bueno”, que es “el samaritano”, “el Hombre más fuerte” y “el Heredero”, que muere a manos de nosotros mismos. El final de esta parábola habla de **“la piedra que desecharon los constructores”** que ahora se ha convertido en la piedra angular. De modo que también es el Hombre que es más fuerte que nuestro odio y violencia, más fuerte que el enemigo que nos retiene cautivos, ¡más fuerte incluso que la muerte misma! Al mismo tiempo, no debemos olvidar que nuestro héroe también es el samaritano que nos trata con ternura y generosidad, proporciona nuestro rescate, y nos sana, transforma y cuida.

Entonces, ¿qué relación tienes con Él? ¿Has experimentado los cuidados cariñosos del samaritano? ¿La liberación por el Hombre más fuerte? ¿El perdón del Heredero? Todo esto está disponible al pie de la cruz, en el nombre de Jesús.

Nosotros que pertenecemos a la comunidad de la fe estamos llamados a encarnar este mensaje para el mundo. La iglesia nunca estuvo concebida para ser una institución poderosa e imponente en términos del mundo, sino una comunidad de siervos de la reconciliación, personas que han conocido la Luz del evangelio y estamos gobernados por la gracia y la verdad. Somos imagen de la bondad de Dios que impacta al mundo con la fe, la esperanza y el amor de Jesús. Considera renovar tu compromiso con los símbolos que vamos a recibir esta mañana. La eucaristía también es una parábola: a pesar de nuestra rebelión, rechazo, agresión, violencia y crueldad, Él persistió con amor, amabilidad, compasión y perdón para

restaurar la imagen de Dios en nosotros. Y lo hizo en las peores condiciones posibles e incluso sacrificó su propia santa vida, que le fue arrebatada por nuestras propias manos ensangrentadas. Lo hizo para que pudiéramos ser puros y santos como Él, por Él y en Él. Su sacrificio está simbolizado en el pan partido y las uvas exprimidas, que representan su cuerpo quebrantado y su sangre derramada.